Hacia la corte del Buen Retiro

Diego San José

HACIA LA CORTE DEL BUEN RETIRO

(DIARIO DE LA DAMA DUENDE)

Viaje de una dama al servicio de Doña María Luisa de Orleans, cuando esta vino a matrimoniar con el Señor Rey Don Carlos II de Austria.

LO PUBLICA DIEGO SAN JOSÉ

Una avería que obliga a una dama a detener su viaje.

Con la alegría que me embargaba el ánima, por tornar al cabo de los años a mi patria, donde ya era extranjera, puesto que salí de ella muy niña, todo me parecía bien, a pesar de la ruda mudanza en el vivir que supone el trasladarse desde la corte deleitosa de Versalles a la austera del Buen Retiro.

Mi señora la Princesa de Orleáns, que, por conveniencia de Estado, antes que por ley de Amor, venía a reinar en España, estaba tan melancólica e imbuida en sus pensamientos, que nos dejaba a las damas de su séquito enteramente, y así en cuanto pisamos tierra española, se hicieron cargo de S. A. las damas y azafatas que le enviaba su prometido y que ya desde aquel punto y estarían a su servicio.

Yo, por ser española, alcancé la merced de pasar de la servidumbre antigua a la nueva.

Cuando llegamos a Burgos se me ensanchó del todo el corazón: aquello era más España, era Castilla.

Desde que saliéramos de Irún el 3 de noviembre de 1679, donde fue recibida S. A. por el Marqués de Astorga, todo fueron fiestas y regocijos hasta llegar a Madrid, pero era muy de otra suerte que los acostumbrados en Francia, porque en estos de por acá tenía siempre primera y más importante participación la Iglesia.

En Quintanapalla, humilde aldea burgalesa, alcanzamos al regio novio, que, no pudiendo dominar la impaciencia por conocer a su prometida, se adelantó a recibirla.

Solo el Patriarca de las Indias, y estrictamente las personas necesarias para asistirle, le acompañaban.

No hay para qué hacer aquí mención del agasajo que se hicieron ambos prometidos y contento que recibieron en conocerse; quede solo asentado que en aquel mismo día se ratificaron las bodas, que comieron juntos los regios consortes y por la tarde partieron en la carroza de la novia.

En Burgos se determinó que, para no estorbarse en la jornada por el mal estado de los caminos, se dividieran las comitivas de Sus Majestades, yendo la de la Reina por Valladolid y la del Rey por Aranda de Duero.

Si celebrada fue la estancia de los Soberanos en la hidalga ciudad de Burgos, no fue menos entusiasta la despedida que los hidalgos burgaleses les hicieron, y aun parecía que iban a seguir hasta Madrid, según el buen trecho que fueron detrás de los coches.

Al pasar un puentecillo sobre el Arlanga, que iba tan hinchado y bravío que con muchas ínfulas remedaba la grandeza del Duero, se quebró como un junco la zaga del coche en que yo iba con otras dos damas y un caballero español, llamado Don Fernando de Pimentel. No por este percance se detuvo el resto de la caravana.

Viendo que el accidente no era de cuidado, siguió adelante, y como todos los demás coches iban ya hasta apretados, que en ninguno de ellos cabía un puesto más, fue forzoso quedarnos en Burgos hasta que se repusiera el percance.

La misma gente que nos acompañaba a despedirnos trajo enseguida unas caballerías, y puestas las damas en unos pacientes asnos y Pimentel en un mal caballejo, tomamos la vuelta a la ciudad.

No fue plato de mucho gusto esta vuelta para las otras damas, que estaban hartas y maldecían del mal asiento en las posadas españolas, donde todo es pésimo y de mala guisa, así las comidas como el hospedaje, la incivilidad de las gentes y la codicia extremada de los huéspedes.

Tornamos, pues, a la posada de donde salimos pocas horas antes, y no fue como tornar a las ollas de Egipto, sino a una de sus siete plagas, pues ya no se creían en el deber de tratarnos como a personajes de la corte...

Cómo se vive en una posada de Castilla

Las damas francesas se desesperan por las posadas, y, aunque por mi espíritu inquieto a mí me divierten estas mudanzas de lo suntuoso a lo mezquino, justo es darles la razón, porque la tienen que les sobra.

Aunque en esta que asentamos no es de las peores, trataré de describirla, y con ella quedan descritas y pintadas todas las de su misma condición.

Es privilegio de los mesones, ventas, posadas y paraderos, cuando se llega a ellos mohíno por las crueldades del frío, no hallar lumbre prevenida para calentarse, ni una sopa hirviente con que aliviar el estómago; si es verano y el sol es un remedo de los hornillos del infierno, no se hallará una estancia fresca, ni un puñadillo de nieve con que refrescar el agua.

Suele ser la primera pieza de la casa un zaguán lóbrego mal empedrado, lleno de arrieros; al fondo hay un patinillo que no llega a ser consuelo del zaguán, porque está lleno de carros y enjalmas y jamugas de las bestias. Nadie se hará a un lado para dejaros pasar, y todos, como si fueran seres poco acostumbrados a ver gentes, os mirarán con hostil curiosidad.

En una parte de este patio está la cuadra y es forzoso el pasar por ella para subir al piso por una escalera fina y desvencijada.

Al cabo de esta penosa ascensión se llega al aposento, el cual es demasiado amplio para una sola persona y frío como una nevera. Las paredes están adornadas por imágenes devotas primitivamente pintadas.

Es privilegio de la posada que las camas estén puestas sobre unos banquillos, sosteniendo, para comodidad y descanso del cuerpo, un duro jergón de paja de maíz, las sábanas son del tamaño de las servilletas, las servilletas, en cambio, pueden pasar muy bien por lenzuelos de la nariz. Y aun tenemos que agradecer que esta posada es de las principales de Burgos, que en las otras no hay más servilletas que las de ordinario usan arrieros y trajinantes, que es el revés de la mano.

Es privilegio de las posadas que el que desee desentumecer sus miembros al amor de la lumbre tenga que hacerlo en el hogar, pues por todo el oro de la tierra no podrá conseguir que le metan un mal braserillo en el aposento. Pero también este deseo suele quedar fallido, pues de antemano tienen los arrieros tomados los puestos, y no los dejarán si viesen entrar en la cocina a la misma Soberana.

Sin embargo, no suele faltar alguno que se pica de galán y ofrece la mitad de la tajuela que ocupa.

Yo no he tenido inconveniente en aceptarla, y he salido contenta de ella, porque son gente de buen humor y nunca falta quien sepa tañer una guitarra ni quien acierte a seguirle con algunas coplas, ni una buena pareja que prosiga el ritmo con la maestría del baile.

Cuando esto no, como también son gentes de vena, refieren cuentos donosos, consejas medrosas o aventuras extraordinarias, y a buen seguro que si todo ello hubiese una pluma diestra que lo supiese recoger, podrían formarse muy notables páginas literarias.

Llegada la hora de la cena, toda aquella gente come en una misma mesa y en un mismo plato, y extrañándonos de ello, nos han dicho que aun esto es lujo, pues en las posadas de barato aún no hay más que una cuchara y un vaso único para todos los huéspedes; tenedores, no tienen noticia de ellos.

A nosotras, por diligencia y galantería de Don Fernando de Pimentel, no nos obligaron a hacer mesa redonda, sino que nos han servido en una sala limpia y clara. Por cierto, que nos habían puesto los manteles en el suelo, y cuando preguntamos a la huéspeda que por qué hacía aquello, se hizo mil cruces, diciendo que qué tenía que ser, sino tratarnos como a mujeres, que así comen las de España, pues la mesa alta y las sillas solo se usaban para los hombres.

Nos reímos de esta costumbre mora, que solo debe existir en los pueblos lejanos de la corte, pues en Madrid hasta ahora no he tenido ocasión de verlo, y le mandó el señor Don Fernando que nos pusiera una mesa.

Mas el buscar sillas no era cosa de poco, que no habiendo tantas como éramos en toda la posada, fue menester salir a buscarlas fuera.

Al cabo pudimos cenar, aunque no bien, pues todo estaba asaz cargado de especias, y apenas dieron las nueve fue preciso acostarnos, porque en toda la casa no quedaba un alma en pie...

Pimentel se fue diciendo que al otro día, al comenzar la tarde, podríamos continuar el viaje a Madrid.

Al despedirse de mí, con más efusión que de mis camaradas, me dijo que, por española y por bella, quería hacerme una fineza aquella noche.

Le pregunté que en qué habría de consistir, pues, en verdad, que no me desagradaba su merced, y me dijo que me retirara tranquila, que ya tendría ocasión de saberlo, sino es que el sueño era tan enamorado mío, que no me dejaba hasta que el sol venía a matarle; y diciendo: ¡Quien fuera sol!, me besó la diestra y se despidió hasta luego...

* * *

Aún no había dado lugar a que me ensabanase, pues, según mi costumbre, me quedé haciendo balance del día, cuando en la calle a la que daba la ventana de mi aposento sentí ruido de guitarras y voces de hombres.

Un poco me quedé suspensa, pensando que eran mozos que iban a rondar, como yo tenía oído que es gentil costumbre en España. Sin duda, sería la fiesta para alguna de las mozas de la posada,

y, al punto, me acordé de que había una llamada Inés, que, más limpia y mejor compuesta, pudiera pasar por una belleza.

Así como los rondadores templaron sus vihuelas y guitarrillos, rompieron todos en una muy agradable música y en seguida una voz fresca y clara cantó estas coplas, que según iban cayendo de sus labios se me iban quedando impresas en las sutiles celdillas de mi buena memoria:

Yo no sé qué tienen, niña,
las rejas de tu ventana,
que van los mozos de ronda
y de tu reja no pasan.

Con las flores de tu reja
un ramillete hacer quiero,
que llevaré, mientras viva,
prendido sobre mi pecho.

Estoy cansado del siglo
y he prestado juramento
de profesar, de cartujo,
dentro de tus ojos negros.

* * *

«No tendrá queja la dama de su trovero», pensé.

En esto pasó la música y, mudando de tono, solo se oyeron los acordes de una vihuela, tan diestramente tañida, que más parecía un arpa, y otra vez que al primer verso reconocí ser la de Don Fernando de Pimentel, cantó este soneto:

El sueño, que es tirano de la vida,
rudamente os combate y os adora,
con una fuerza tan dominadora,
que quizás a este tiempo estéis dormida.

Aunque vos os mostréis muy condolida,
nada podréis con él, pues que a igual hora
cada noche os sorprende, mi señora,
y siempre os ha de hallar desprevenida.

Bien se me alcanza a mí por qué el tirano
disparará contra vos tantos enojos
y vendrá algunas veces más temprano

a mirar y cerrar ojos tan bellos:
por placer de besaros en los ojos
y quedarse después prendido en ellos...

Tal era la fineza prometida por don Fernando, que me agradó por extremo, haciéndome tanta mella, que, si hubiera tenido espejo en que mirarme, me hallara más encendida que la misma grana.

De lo demás que sucedió al siguiente día y donde comienza a querer ser martelo la galantería de don Fernando

Con tan grato sabor en el alma y tan dulce eco en los sentidos me metí en la cama. Poco debí de dormir, porque, en cuanto quiso ser día, el canto pertinaz de los gallos y las voces y preparativos de los arrieros que comenzaban a prevenirse su marcha quitaban todo sosiego.

Así y todo, tampoco me pareció tan mal como a las otras esta incomodidad, que no hacían más que decir que esto no debería consentirse entre personas.

Pregunté a mi doncella, que dormía en el mismo aposento, qué hora era la que se sentía sonar en la catedral, y me dijo que las cinco. A este tiempo todas las campanas y esquiloncillos de las iglesias cercanas comenzaron a tocar a primera misa.

Como estaba enteramente desvelada, quise asistir a la devoción, pero ella me lo quitó de la voluntad, diciendo que llovía a mares y hacía un tiempo muy incivil. Abrí un poco el postiguillo de la ventana y vi que era cierto; así que, tornándome del otro lado, al cabo de otro poco, me quedé dormida y ya no desperté hasta más de las nueve de la mañana.

Poco antes de mediodía, que ya estábamos todas para sentarnos a la mesa, apareció don Fernando. Vino a mí antes que a otra alguna, y muy rendido me preguntó si le guardaba rencor por haberme robado aquellos momentos de sueño. No hablarle con la boca sino con los ojos fue suficiente respuesta.

Como hablábamos en español, el breve coloquio no trascendió a mis compañeras.

Nos dijo luego a todas que el coche ya estaba compuesto y que si no nos parecía mal, después de comer, podríamos reanudar la marcha.

La lluvia había cesado, pero el frío persistía.

Era preciso continuar el viaje, haciendo jornadas dobles si podía ser, para alcanzar a Sus Majestades antes de entrar en Madrid.

Comimos, pues, deprisa, y apenas lo hicimos se metió cada una en su aposento a disponerse para la partida; yo envié a mi doncella, y, mientras, me quedé gustando la deleitosa parleta de Pimentel, y... cuando avisaron que el coche esperaba, ya la galantería de su merced estuvo florecida en martelo y trasplantada al huerto de mi corazón.

Desde que le viera en Irún, y él me viera, recelaba yo que nuestras miradas tiraban a este reflejillo, aunque no tan de presto como fue servido Cupido de ordenarlo.

Muy notable despedida nos hicieron los posaderos, y querían hacernos algunos presentes, que por ser tan sólidos, como gallinas, algo de la matanza de aquel año y banastillas de frutas curadas, no les admitimos por no haber lugar donde colocarlos en el coche, que ya iban las arquillas muy repletas con las vituallas que necesitábamos para el camino.

Obra sería de las tres cuando salíamos de Burgos, y no habríamos andado dos leguas cuando comenzó a encapotarse el horizonte y a conglomerarse apretadas nubes, y de allí a poco, como si se abrieran las cataratas del cielo, empezó a llover de tan fuerte manera, que malos años para el diluvio universal.

En menos de nada se empapó la tierra y comenzó a crecer el río, llevándose puentes y balsas, que no había forma de atravesarlo por parte alguna; de manera que nos fue preciso, si no queríamos perecer, retornar a Burgos esperando mejor tiempo.

No fue poca la contrariedad que experimentamos todos, pero contra los fenómenos de la Naturaleza no hay fuerza ni voluntad.

Tres horas después de haber salido de la urbe volvíamos a entrar en ella, llevando el agua hasta los ejes del coche, que no parecía tal como era, sino balsa rodada o carroza de Neptuno.

Fue preciso mudarnos de ropa. Al pedir los aposentos que habíamos ocupado antes, nos dijo la posadera que ello no era posible, pues, no contando ya con nosotros, los había alquilado a unos mercaderes que venían de Santillana; pero, a cambio de las dichas habitaciones, tenía una amplia sala dispuesta con catorce camas, que la ocupáramos.

Yo le dije que no necesitábamos cinco lechos, y así, que acomodase otra estancia menos espaciosa, pues en aquella forzosamente íbamos a helarnos; pero respondió que no había más que aquella, y así fue forzoso admitirla.

Nos cambiamos, en fin; nos cobijamos, todos, al amor de la lumbre, en la cocina.

Hasta después de la cena, nos acompañó Don Fernando, y toda ella fue triste, porque no veíamos claro cuándo Dios sería servido de permitirnos abandonar aquella tierra.

Nos fuimos, pues, al cobijo de las mantas.

Solo el pasar de la cocina a la inmensa alcoba, que, con las camas puestas en dos filas, a lo largo de ella, remedaba con mucha justeza la sala de un hospital, era como entrar en el pasadizo de una cueva húmeda y fría.

No bien nos habíamos metido entre las sábanas cuando llamaron quedamente a la puerta. Pregunté quién era y respondió la huéspeda. Mandé a mi doncella que se levantase a abrir, y no poca fue nuestra sorpresa e indignación cuando vimos irrumpir la estancia a los dueños de la posada y, tras ellos, seis u ocho arrieros.

—Señoras, no se incomoden vuesas mercedes y continúen durmiendo —dijo la señora ama—, pues estas buenas gentes son caminantes que han de ocupar las camas que sobran.

Yo era, como tengo dicho, la única que hablaba español y protesté por mí y por las demás; pero de poco me valía la protesta, que, como nos miraban mujeres solas, los bellacos iban entrando con grande algazara.

Las otras chillaban y se cubrían con los cobertores.

El posadero terció como hombre de paz:

—Para todo hay arreglo, señoras mías, si no es para la muerte; digo que este pleito queda sobreseído, y aun a favor de vuesas mercedes, con que paguen las camas vacías, y así estos hombres no tendrán derecho a quejarse y se acomodarán donde buenamente puedan.

Consentimos en ello, que a esto era a donde iban los tiros de aquellos bellacos. Mi primera intención fue hacer venir a Don Fernando, que a una sola indicación mía hubiera hecho salir por

la ventana a tamaña gentuza; pero me contuve por evitarle pesadumbre apenas si comenzaba a gustar las mieles de mi cariño, y pagué yo de mi bolsillo aquel nuevo y original censo.

A la mañana siguiente supe que aquellos no eran tales caminantes, sino vecinos de la posada que prestaban tamaño servicio cada vez que los huéspedes necesitaban esquilmar a los forasteros.

De allí a dos días, que se serenó el tiempo, salimos de Burgos, y esta vez no nos acaeció nada digno de asentarse en folios...

Visita en Lerma a la Condesa viuda de Lemos

Cruzamos altísimas montañas que llevan el nombre de Sierra de Cogollos. Mil veces creí que era llegada nuestra hora postrera al bordear aquellos horribles precipicios, en cuyo fondo se veía despeñar un furioso torrente, que al dar en tierra llana se trocaba en caudaloso río.

Al entrar en un difícil paso, que luego llevaba a un fertilísimo valle, el arriero que nos valía de guía se confió demasiado y cayó con su rucio por un talud, con cuyo golpe no le ocurrió la muerte, como todos temimos, sino que se descalabró muy bien, y se le perniquebró el asno, que fue necesario rematarle de un tiro de arcabuz.

Poco antes de ser de noche llegamos a la ciudad de Lerma, que es famosa por haber sido feudo del célebre Cardenal, favorito de Felipe III, el monarca devoto y abúlico, que empezó a desmoronar la grandeza de España.

Mi Don Fernando (que ya el corazón me ordena llamarle de esta suerte) me dijo que, aunque la ciudad es pequeña, tiene cosas muy notables. El castillo es monumento muy insigne.

Si vale decir verdad, a mí no me pareció de tanta valía como la fama pregona. Está situado en una pendiente, lo forman cuatro cuerpos y tiene dobles hileras de pórticos, que cierran el patio central y dan paso a los vestíbulos y a varias dependencias.

Las estancias son muy espaciosas y están suntuosamente adornadas; toda la pétrea fábrica parece estar impregnada de la grandeza del Ministro Cardenal.

Vecino al castillo hay un monasterio de esposas del Señor, que visité la misma tarde que llegamos.

Quedé maravillada de la belleza de las monjitas; a fe que pocos harenes tendrá Nuestro Señor tan bien surtidos como este, en cuanto a la calidad. Cierto que las benditísimas madres, más que a la devoción de Cristo, incitan a la de Venus.

Me pesó que Don Fernando me acompañara al locutorio, porque no quitaba ojo del peregrino rostro de la abadesa, que estaba en el espléndido otoño de su vida.

Por quitarle de allí, dije que me holgaría mucho, si lo permitía la regla de la Orden, de conocer la clausura, y si hacían labores de aguja, verlas para comprar algunos encajes que me dejaran grato recuerdo de la visita. Me respondió la abadesa que las damas de calidad tenían desde luego entrada, si no en la clausura, en el estrado y cuarto de las labores, además de que allí había una gran señora que no era menos que la Condesa de Lemos, que se holgaría de verme sabiendo que venía de Francia.

Forzoso fue que Pimentel se quedara esperando y con esto se me curó algo el mal de celosía...

* * *

En efecto, la Condesa viuda de Lemos, que vivía retirada en aquella santa casa, apenas se enteró de que una dama francesa estaba allí, me rogó, por una azafatilla, que le hiciera la merced de pasar a su aposento.

No era ciertamente una celda conventual, en donde por todas partes se reflejan la austeridad y la sencillez. A una parte, entre dos anchurosas ventanas, se alzaba el estrado tapizado de rojo terciopelo. En un rincón se veía la cama cubierta por ricas colgaduras carmesí; en otra esquina había un riquísimo vargueño de ébano incrustado en nácar.

Era una venerable anciana de más de setenta años. Su indumentaria, como el aderezo de la habitación, se había quedado en la moda de las postrimerías del siglo XVI. Vestía un corpiño de raso negro abrochado con magníficos rubíes; el cuello era altísimo, que apenas le permitía mover la cabeza, las mangas eran asimismo estrechas y remataban en grandes hombreras que más semejaban acericos.

Se embutía en un descomunal *guardainfante*, que más parecía una pollera.

Aquella mujer debió de ser extraordinariamente hermosa en su lejana mocedad. Sus ojos brillaban aún con esos reflejos carnales de la mujer sugestiva y la piel de su rostro apenas se plegaba por la injuria del tiempo. De no haberme dicho la abadesa su edad, no pensara yo que contara más años de los cuarenta.

Me hizo sentar junto a ella en el estrado, y toda la tarde la pasamos charlando de la corte de Francia, donde ella estuvo cuando la Infanta española hermana de Felipe IV fue a ser esposa de Luis XIII.

De todo me pidió noticia, y cada una que yo le daba respecto a la Reina, encendía en su pálido rostro un vivo carmín de emoción, que le parecía hacer retornar a los años pasados.

Me preguntó cosas de la nueva Reina de España, y le respondí que el Rey había elegido, entre otras candidatas a su real mano, a mi señora, subyugado por su espléndida hermosura.

—Plegue al Señor —replicó— que no se pase de la raya, como suele ser tan corriente en otras cortes de Europa; yo conocí a Catalina de Suecia cuando estuvo en Flandes, y no podéis figuraros... con los capítulos de su vida habría para escribir un tratado extenso de lascivia y desaprensión. Sus amores con el Príncipe de Condé y con nuestro Embajador en Estocolmo, Don Antonio Pimentel...

En cuanto cayó en mis oídos este apellido me dio un vuelco el corazón que me quedé mortal.

—Este señor —pregunté—, ¿es por casualidad pariente de Don Fernando, que es ahora Gentilhombre del Rey?

—Tío suyo es, por cierto —respondió—. ¿Acaso le conocéis?

—Un poco —le respondí—; viene en nuestra compañía.

Yo no sé si fue que me cortara un poco al decirlo o la gran práctica que del humano corazón tenía la Condesa, el caso es que se sonrió maliciosamente, y dijo, recalcando mucho las palabras:

—Yo os fío, amiga mía, que vuestro Pimentel no tiene nada que ver con el de la Reina de Suecia.

Más de dos horas duró la visita, y toda ella fue para mí como una crónica vivida de los dos reinados anteriores.

Las más interesantes figuras de las cortes de los Felipes pasaron ante mí evocadas por la amenísima charla de aquella mujer singular. Privados, ministros, ingenios, con la amistad de todos contó su merced.

El Conde Duque la agasajó una noche de San Juan en los jardines del Buen Retiro; Lope de Vega le dedicó una loa; Villamediana la zahirió; Quevedo le dijo muchas donosuras y tal cual picardía; Alarcón estuvo a punto de defenderla un pleito, y Vélez de Guevara le hizo perder otro... En fin, de cada figura insigne tenía un recuerdo: unos, prendidos simplemente en la memoria, y otros, hincados en el corazón...

Mientras duraba nuestra parleta, Don Juan se desesperaba en el locutorio.

Dos veces intenté alzarme del asiento por evitarle al que esperaba aquel purgatorio en vida; mas no lo consintió la noble anciana, diciéndome:

—Esperad otro poco, hijita; a él presto le veréis; mientras que nosotras quizás sea esta la primera y última vez que nos veamos.

Y por otro buen espacio reanudamos la conversación.

Iba oscureciendo; una azafata trajo luces; al fin, entendí que ya su merced se fatigaba un poco; volví a levantarme, y esta vez no me detuvo la Condesa. Puso como galante disculpa para no hacerlo la de que el Amor me esperaba. Nos besamos con mucha efusión y salí de la celda donde había permanecido tres horas, que, a pesar de estar esperándome Don Fernando, me parecieron tres minutos.

Cuando di con Don Fernando, esperándome sentado y muy envuelto en su amplia capa gris, me dijo entre picado y zumbón:

—Pensé que habías jurado los votos de clausura y no os tornaría a ver en el mundo.

Le miré y le sonreí como sabemos las mujeres un poco peligrosas, y la sonrisa y la mirada fueron calma benéfica que apaciguaron las olas de su enojo...

Valladolid, antigua corte de Castilla. —Una endemoniada y un modelo vivo de Cervantes

La antigua corte de España tiene bien poco de notable, y no acierto a comprender cómo ni por un solo momento la pudo elegir como asiento de la monarquía Felipe II.

Quitad el Colegio de San Gregorio, la iglesia de San Benito, Nuestra Señora de la Antigua, con algún que otro recuerdo histórico, como la casa en que vivió Cervantes, o en la que feneció Colón, la plaza del Ochavo, en que acabó sus días Don Álvaro de Luna, y no tiene más que otra villa cualquiera. No menciono la catedral, aunque me han dicho ser obra del más insigne alarife, Juan de Herrera, porque no aumenta en nada el prestigio de su buen nombre.

Lo que más me ha placido de la vieja ciudad es la gente y el agua: la gente es serena y ruda, no parece sino que en el pecho tiene abierta una herida, a manera de relicario, por donde se le ve el corazón; el agua es clara y fría, es la sangre del Duero, que fertiliza los campos y sostiene aquellos cuerpos recios y enjutos que no se doblegan más que ante la esteva y sobre la mies dorada.

Dimos en una posada de la Platería, que es la mejor de cuantas anduvimos hasta entonces. En ella he tenido ocasión de ver una de las facetas más notables del espíritu español: una poseída de Satanás, yo no creo que era otra cosa que una infeliz dañada del mal histérico.

La misma tarde que llegamos la vi en la cocina, apartada de la demás gente que se reunía junto al hogar.

Era una mujer joven, de facciones muy agradables que sin duda de ninguna suerte serían bellas en plena salud. Los ojos los tenía grandes y negros, no parecían sino dos penas cuajadas, el cabello, que se le escapaba a mechones de la estrecha cárcel de una redecilla, era tan negro como los ojos. Una intensísima palidez, que acababa por tener reflejos de cera, le velaba tristemente el bien concertado rostro.

Nadie hablaba con ella. Solamente los posaderos al pasar ante ella parecían mirarla con lástima; alguna vieja le hacía de vez en cuando la señal de la cruz, y una en que la advirtiera, comenzó la triste a dar unas voces que se hundía la casa.

El ventero, que, sin duda, conoció la causa de aquel desconcierto, se tornó a la dicha vieja y le dijo:

—Colgada os vea yo en la plaza del Ochavo, mala pécora; ¿qué tenéis que hacer sufrimiento a la muchacha? Mirad que os tengo dicho que os pondré en la calle, sin que lágrimas ni súplicas me muevan a compasión...

Aplacó la ventera a la intranquila, y, como advirtiera que a nosotras nos extrañara aquello profundamente, dijo, acercándose a mí, que era la única que podía entenderla:

—No pasen susto vuesas mercedes, que no es cosa que lo valga. A esta pobreta, que es mi hija, me la tiene tomada el malo con tanta crueldad que no me la deja punto de sosiego; estamos haciendo diligencias para llevarla a Madrid, donde habrá buenos exorcizadores, que aquí no hay ninguno con sabiduría bastante para poderla reducir.

* * *

Poco más serían de las doce cuando nos despertaron unas desaforadas voces, que venían del aposento de los huéspedes; nos pusimos a escuchar y yo conocí bien presto que era la infeliz endemoniada.

Entramos en la cámara posaderil y nos encontramos a la pobreta toda patitendida y destapada, y al padre y al hermano, que eran dos hombres recios y membrudos, procurando sostenerla, para que con las violentas contracciones e intensos espasmos no se dañase.

La madre, de puro azorada, no acertaba a hacer cosa y no hacía más que correr de un lado para otro.

La pobreta poseída echaba espuma por la boca, y así como nos viera aparecer a las damas de Luisa de Orleáns, comenzó a decir:

—Salid acá, esposas rameras de Cristo, que vivís en el pecado bajo capa de santidad, ¿qué queréis, mi diablico juguetón, cornudo de mis entretelas? Idos allá con vuestro maridillo celestial y complaciente, que este es para mí sola, y en ninguna más que en mí hace corvetas. Ved, acá qué cruz tengo, besadme en ella, y mojad como en la pila del agua bendita. Pero no besaréis, ¡coimas!, no me llegaréis con vuestras babas, ¡tusonas! ¡Arre allá, grandísimas daifas! Si queréis honrarme, besadme la tornafaz, que no otra cosa. Dejadme sola con mi diablico enredador, que a puros goces me quita la vida.

Y se retorcía de tal suerte, que nunca mejor pudo tenerse a una hembra por poseída.

En esto llegó un clérigo revestido de sobrepelliz y estola, que ya había ido a traerle un muchacho, y sacando un librico y un hisopo comenzó a tirarle a la posesa asperges y latines, que era lo mismo que tirarle bernardinas.

—Con otro hisopo más blando y no con ese tendríais que darme —le decía deshonesta la moza—; pero ¿qué vais a dar vos, caponcillo, sino palabras, que no cuestan ni esfuerzos ni dineros?

Al cabo, el mismo paroxismo la rindió, aunque el cura decía ser por obra y gracia del auxilio divino, y cayó en un profundo desmayo que degeneró en piadoso letargo.

—Mañana se hará lo demás, acuéstenla ahora —dijo el clérigo y se fue seguido del monaguillo.

Y lo demás fue que, al siguiente día, a media mañana, cuando ya la moza estaba sosegada y fuera lo humano dejarla descansar, tornó el clérigo, y volviéndose a revestir, la hizo tragar, ayudado por dos recios jayanes, cerca de un azumbre de aceite crudo espolvoreado de incienso, con cuya extraña medicina, administrada entre hisopazos y latines, puso a la triste muy cerca de acabar.

No era la misma de la tarde anterior, sino una verdadera piltrafa humana, que ni aun voz ni gestos tenía para protestar por tamaña atrocidad...

Después de comer emprendimos la jornada.

Vi la Esgueva, río tan pobre y sucio, que no parece sino sombra del *Manzanares*, en sus largas épocas de penuria.

Pasamos por la Mantería, que es el arrabal de la gente terne, y senado de los pícaros, así como en Madrid es la plaza Mayor; en Segovia, el *Azoguejo*; en Toledo, las *Ventillas*; en Córdoba, el *Potro*; en Sevilla, *Triana*, y en Málaga, el *Perchel*.

Entrando en el Campo Grande, rodeó nuestro coche una verdadera nube de gitanos, que hubo que retirar a fuerza de dineros. Más de veinte eran entre mujeres, hombres y muchachos.

Entre ellas había una tan gentil, vistosa y de buena cara, que al punto se me representó como aquella inmortal *Preciosilla*, de Cervantes, que es perla maravillosa entre la gitanería.

Mi admiración no pudo menos que rendirle pleitesía y homenaje a su lindeza con una doblilla castellana...

Un poco me pesó de que Don Fernando elogiara la gentileza y la gracia de la moza; mas, como no debíamos pasar un momento más en Valladolid, presto se me pasó la pesadumbre.

El *Pisuerga* y el *Esgueva* tuvieron rubor de su poquedad, y para que no viésemos qué desdichada era, comenzaron a formar una densa niebla que, sirviéndoles de cobertor, los cubría como a novia primeriza.

El frío intensísimo nos traía sin gobierno de nuestras personas.

Todos veníamos en el coche tan callados, pues ni alientos nos quedaban para hablar, que no se diría sino que veníamos difuntos. De nada aprovechaban las pieles en que veníamos envueltos ni las estufillas en que resguardábamos las manos.

Al entrar en Cuéllar quedaron muertos de frío dos caballos de los escopeteros que nos daban escolta.

* * *

Entramos en Segovia, la ciudad de las libertades.

Esta vez no tuvimos la desdicha de padecer posada de arrieros y trajinantes como hasta aquí nos aconteciera desde que dejamos la comitiva de Su Majestad, por la crueldad de aquel tiempo y la poca *salud* del coche.

Don Fernando tenía en Segovia una prima carnal, Doña Leonor de Ludeña, y sabiendo cómo de bien seríamos recibidos por ella, y más como tuviese noticia de que éramos damas de la reina joven, mandó guiar el coche hacia su casa, la cual se alza en una bella plazoleta cercana a la santa Catedral.

* * *

Doña Leonor de Ludeña era una dama que iba entrando con mucha arrogancia por el otoño de la vida.

Desde que pocos años antes quedara viuda de un rico prócer de los notables de la ciudad, que llevaba en sus venas sangre de Juan Bravo, vivía retirada en su palacio, sin salir más que los domingos, que iba a oír misa de once, en la catedral.

No quiere esto decir que por su apartamiento de las gentes hiciese vida monástica, ni sembrada de privaciones. Muy al contrario, se rodeaba de comodidades y pasaba el tiempo entretenida entre la música y los libros.

Muchas veces, a la hora del crepúsculo, en la quietud y serenidad de la playa, se oían las melodiosas notas de un órgano, y la poca gente que acertaba a pasar bajo los balcones del palacio de Doña Leonor, que era quien tan dulcemente lanzaba al espacio aquellas melodías, se quedaba escuchándolas un buen rato.

El difunto, que fue hombre de exquisito gusto, se había preocupado tan bien de surtir su librería, que ella era un verdadero almacén del ingenio, donde poetas, doctores, filósofos y teólogos estaban en perpetuo congreso.

Aun parece que, leyendo Doña Leonor a Santa Teresa, a sor Juana Inés de la Cruz y a Doña María de Zayas se aficionó con tanta pasión a las Letras, que llegó a componer alguna novela ejemplar, y aun hizo un bello libro de rimas, del cual, mientras caminábamos hacia su casa, para ponerme en antecedentes de quién era su prima, me recitó Don Fernando unas estrofas, que, a decir verdad, me agradaron sobremanera.

Parece que las hizo en vida de su marido a la ocasión de oscurecerle el sentido algunas nieblas de celos.

Tengo un marido celoso
que no me deja vivir,
de ese mal que se recela
de ese mismo ha de morir

Mirad, Don Juan, que os pido
que me deis conversación,
ahora que mi marido
tiene puesta la atención
en vos desde que hais venido.
Pues, ¡qué!, ¿no sabéis mi mal?

No hay otro tan fastidioso:
siendo una dama formal,
hacendosica y cabal,
tengo un marido celoso.

Llegaos, si sois servido
aún más y habladme al oído,
aunque solo digáis duelos,
que quiero matar de celos
al necio de mi marido.

¿Sabéis vos? ¡Si no hay paciencia
que le valga a resistir!
A un convento me he de ir
si sigue en su impertinencia,
que no me deja vivir.

Si plugo a Dios al traerme
al mundo de que no fuera
ninguna espantosa fiera,
¿sería bien esconderme
donde ninguno me viera?
¿No cayera en tontería el prevenir tal cautela?;
demás, ¿que a quién cumpliría
el curarle la manía
de ese mal que se recela?

Y ello es, Don Juan, lo peor,
que habiéndole de adorar,
tal me aburre el pecador,
que recelo que mi amor
se le comience a eclipsar.

... Aunque celoso recele de mí,
No he de consentir más celos,
que no es vivir de ese mal que así le duele,
de ese mismo ha de morir.

***

Mis compañeras estaban admiradas de que, en los dos días que pasamos en Segovia, la ciudad de Castilla más apegada a las tradiciones, no se observase en ella la austeridad de otros puntos.

Allí no se apagaban las luces a las nueve de la noche y era forzoso el irse a la cama; no servían deprisa los criados, ni quitaban los manteles antes de finar la cena, mientras las azafatas españolas de la reina la despeinaban y le cambiaban los zapatos por las chinelas, empujándola hacia la alcoba, sin darle tiempo para masticar el último bocado.

No se abrían las ventanas cuando asomaba el sol, sino que se dejaba reposar a los durmientes hasta que el sueño estaba holgadamente satisfecho.

Recorriendo aquellas estrechas rúas se me venían a la memoria los tiempos del César y me parecía ver a aquellos bravos, entre los que hubo un abuelo mío, luchando por la libertad y el honor castellanos.

La calle de la *Muerte* y la *Vida* es el más recio párrafo de la historia segoviana; por ella subió, a rastra y en cruenta agonía, aquel alguacil que trajera órdenes del alcalde de Ronquillo. Segovia entera bajó por ella como un río desbordado que ahogó y deshizo al infeliz ministril.

El Acueducto y *El Parral* son como el alma artística de la ciudad, pero el vecindario tiene en más estima la devoción de su patrona la Virgen de la Fuencisla.

Fuimos a rezar una salve al Santuario, aunque yo, con las cosas que me hablaba mi Fernando, con muy poco respeto del lugar, tenía perdida la devoción.

La Virgen, si tuvo novio alguna vez, me lo habrá perdonado…

«La dama duende», en Madrid

Desde la salida de Segovia hasta que vuelvo a tomar la pluma hay un gran páramo de tiempo, cerca de dos años, en que no asenté impresión alguna en estos folios.

Fue la causa que el tiempo frío y la lluvia pertinaz que nos acompañó en el viaje hasta llegar a Madrid hizo mella en mi salud, de tal suerte que me puso tan al borde de la sepultura, que en realidad no era menester más de un soplo para que diera en ella.

El mismo día que entré en la corte tuve que guardar cama, que ni siquiera pude presentarme a S. M., y así no pude asistir a las fiestas y ceremonias con que fueron celebrados mis esponsales; pero ello lo sé muy bien por referencia, y lo asentara si no tuviera hecha determinación, tan firme como si fuera voto jurado en los altares, de no escribir más de lo que hayan visto mis ojos.

La enfermedad fue tan grave que nadie pensó que la pudiese contar.

Yo estaba muy sin vida, y mi Don Fernando muy sin alma, tanto que, pensando ambos que mis andanzas en la Tierra tocaban a su fin, determinamos cuajar el martelo en boda, siquiera fuese en tan último extremo.

Lo pensamos de mañana, y al caer la tarde nos casaba un cura viejecito de la cercana iglesia de Santa María. Aparte de la satisfacción de verme casada con mi bien amado, tuve la de que aquel sacerdote humilde y venerable, como un bienaventurado, fuese el magnífico poeta don Pedro Calderón de la Barca.

Aquí pienso que estuvo el primer momento de mi alivio, pues, en cuanto lo supe, le tomé la diestra y, besándosela muchas veces como si fuese reliquia, le decía:

—¡Válgame Dios, padre, y quién me adelantara esta ventura...! ¿Conque es su reverencia quien dijo que *La vida es sueño* y dio aquella perpetua autoridad y perpetua vida a Pedro Crespo...?

Y el buen viejo me respondía amablemente:

—Vaya, señora, no piense en tales niñerías que no valen la pena ante esta grandeza de los dos amores en que fluctúa vuesa merced: el amor de Dios y el del hombre que quiere. Sosiéguese, que yo fío que por bien enamorada os cederá el Señor una larga tregua junto a vuestro esposo...

Y dijo bien el insigne clérigo, que de allí adelante comenzó a ceder la enfermedad, aunque muy despacio y con crueles alternativas, hasta librarme por entero de todo peligro.

Cuando pude abandonar el lecho, la primera noticia que me dieron de las cosas de la corte y que afligían a España entera fue que el viejecito insigne había fallecido durante aquella primavera de 1681.

Con él se perdía la llave del cofrecillo de sándalo en que se encierran las joyas del Teatro hispano.

Le mandé decir veinte misas en el mismo altar en que él celebraba, y, como homenaje a su nombre glorioso, hice voto literario de firmar estas páginas con el título de una de sus comedias más famosas: *La dama duende.*

* * *

La primera tarde que pude salir a orearme tan larga enfermedad, me mandó la Reina un coche de Palacio. Era notable por el lujo y se asemejaba algo a los que en la corte de Francia se usan.

Era una carroza cerrada, con cristales, de gallarda forma, aunque por extremo pesada y estrepitosa, pues al rodar sobre los picos guijos de la villa, no se pensara sino que rodaba un tren de artillería.

En el interior había una cornisa dorada, tan grande casi como la de un aposento, y todas las molduras de dentro y de fuera estaban doradas, privilegio que solo es consentido en España a los embajadores y a los nobles extranjeros.

Las cortinas eran de damasco forrado, y el cochero montaba sobre la caballería de mano del tronco delantero. El tiro lo formaban seis orondas mulas, que no las tuviera mejor un arzobispo.

Pregunté cómo aquí no se usaba el ir puesto el cochero en el pescante y me respondió mi esposo que así era antes y él lo había conocido, pero que se suprimió en tiempos del Conde-Duque, porque su cochero divulgó cierto secreto de Estado que su excelencia iba tratando con el presidente del Consejo de Castilla.

Los tiros son de seda y cuerda, y tan sumamente largos, que los troncos van a notable distancia unos de otros; esto obliga a que en las calles tengan que ir al paso, pero en campo abierto pueden tomar grandísima celeridad.

También esto, que llaman *tiros largos*, es privilegio nobiliario.

Bajamos al Soto de *Manzanares*, que es sitio ameno y fresco situado en la margen de este pobre río, sobre el que han llovido más sátiras y vejámenes de los poetas, que aguas de las nubes y de la sierra.

Pude apreciar, y lo dije a mi Don Fernando, que Madrid no tenía murallas ni defensas militares, a lo que me respondió que tampoco las necesitaba, porque sus mejores baluartes eran las cresterías y las sinuosidades de Guadarrama...

***

Los lugares más concurridos de la devoción cortesana son las iglesias de la Victoria, el Buen Suceso, San Felipe y las Calatravas, aunque bien puede asegurarse que más devotos acuden a las lonjas que a los templos.

Los españoles tienen la devoción por norma, y son en verdad los más desalmados herejes que he visto en parte alguna, pues ni rezan ni asisten con recogimiento a la misa. Con el hecho mecánico de ir, ya entienden que han cumplido con Dios, si no es que solo lo hacen por fuerza de costumbre.

En las iglesias es donde se conciertan y sostienen los martelos; donde va a verse a Fulanita y murmurar de telas y modas; valen para todo lo contrario que aquello para lo que fueron instituidas.

Muchas mujeres, sin ser religiosas de monasterio, llevan pendiente de la cintura un larguísimo rosario, terminando en un crucifijo que casi arrastra por el suelo. Pasean el devoto adminículo en todo momento: yendo por la calle, cosiendo, jugando, cuando enamoran, cuando murmuran, y aun tengo para mí que cuando pecan en el deleitoso campo de las sábanas.

Devoto hay que piensa hacer una muerte y se confiesa de ella con muy oportuna anticipación.

La seguridad por acá anda tan mal como en París. En menos de quince días se han registrado ciento veinticinco asesinatos entre la Puerta del Sol y la Platería. La Justicia vale de muy poco, porque es medrosa y está mal pagada.

Cuando es hora de encender luces es peligrosísimo estar en la calle. Cada vez que a mi marido le anochece en la calle me dan angustias de viudez.

Será bien que ponga aquí punto a estas impresiones, porque desde mañana tengo que asistir al servicio de mi señora Reina; ello me dará motivos para continuar este memorial de manera más interesante; este no es más que como prólogo, pues en lo que haga después reflejaré con cuanta fidelidad me sea posible las intrigas cortesanas, y los sucesos más notables que, sin duda, he de presenciar, pues la poquedad del Rey y la audacia de la Reina madre y su camarilla prometen muy sabrosos capítulos...